

aparecer en las tinieblas de la muerte, exhalaba este supremo grito: «¡Luz, más luz!»

Jóvenes, si queréis romper el carapacho y huir de la estrechez profesional y de todas las demás estrecheces gritad siempre de corazón: «¡Más, más amor!» Muchos hombres, lo suficientemente inteligentes, no saben que hacer de su inteligencia; son como soldados empuñando la espada, que no supiesen á que causa consagrarla ó bien la consagrasen á una mala causa. Les faltaría amar. «Llorad con los que lloran, alegraos con los que estan alegres.» Si este precepto del gran apóstol fuése ampliamente comprendido y practicado, la vida de cada uno de nosotros sería tan rica en simpatía universal como la imaginación de Shakspeare era rica en fantasías de todas clases. Debe todo el mundo tomarse la molestia de cultivar esta sensibilidad benévola y fecunda, necesaria á quien quiera escribir ó saborear la poesía. Pero vale mucho más poetizar la vida que imaginar poesía en el papel; es lo mejor tanto para el individuo como para el cuerpo social. Vida saturada de poesía es opuesta á la monotonía y al egoísmo; nútrese del bien y de lo bello bajo todas las formas, como si fuese su alimento propio.

Es necesario, pues, que el joven ponga su mayor cuidado en no encerrarse en un pequeño círculo de simpatías, fuera del cual no hallará sino odios absurdos y prejuicios estúpidos. El odio de un hombre honrado es, dícese, á veces, preferible á la inerte y flemática amistad de un amigo; pero todavía vale más no odiar nada. El hombre inteligente y bueno buscará por todos los medios salirse de sí mismo, y hacer justicia á los méritos de las personas ó de los partidos á los cuales su carácter sea el más contrario. Puede calificarse de admirable el rasgo de carácter del eminente y llorado maestro de la escuela utilitaria de aquel hombre imbuido de los principios de la moral menos amplia, de la más rigurosa, de la más fría, al estudiar con tanta benovolenza como amplitud de miras, á dos personajes tan directamente opuestos como Coleridge y Tomás Carlyle. Jamás condenéis en junto menospreciándola á toda una clase de vuestros semejantes; tales modos de expresarse tienen apariencias de grandeza, y no son sino pueriles. No os apartéis jamás de un hombre porque se murmura de él, ó porque pertenezca á una secta, á un partido que cada uno menosprecie; si todo el mundo está contra él, de vez en cuando ha pasado lo mismo á los mejores, con mayor motivo debéis juzgarlo benevolamente. «Honrad á todos» es una máxima llena á la vez de santidad y de sabi-

duria como tanta contiene el Evangelio. Pero es esto imposible no empezando por *conocer* á todos los hombres, y no conoceréis á uno de vuestros semejantes hasta que hayáis escudriñado con mirada franca lo mejor de su alma. En ello consiste la verdadera filosofía moral, en ello se funda nuestra riqueza más segura. Ahí está en cierto modo la piedra angular de todo el edificio. Sólo entonces podréis unir la verdad con el amor para todos los hombres, y poner en vuestras acciones la misma sinceridad que en vuestras palabras.

VII

Existe toda una clase de jóvenes que parece lleva escrita en su rostro la vieja máxima: *Nil admirari*. Hay para desesperarse de esa juventud brillante, no la mejor, á menos que este aire de indiferencia característico de su manera de ser no sea una especie de afectación juvenil, destinada á desaparecer rápidamente. La admiración es verdaderamente un sentimiento filosófico, dice Platón. Cuanto más grande más vale, mientras sea el corazón respetuoso y perspicaz la mirada. Muestra es de salud moral al anunciarse en los albores de la vida, y de faltar, indica insensibilidad, ó indiferencia, ó egoísmo, ó presunción, que, á veces, se une á cierto mérito muy superficial, tomado por el observador no agudo como signo de talento.

Vitupero tal estado de espíritu tan poco natural y tan estéril, y digo á todos los jóvenes: Cultivad el respeto. No la veréis florecer esta virtud en las comedias democráticas de que gusta nuestra época. Pero el respeto no por eso deja de ser la sal del alma.

«*Vivimos por la admiración, la esperanza y el amor.*»

Somos criaturas muy pequeñas aun con llegar á personajes importantes. Nuestra única probabilidad de convertirnos grandes en algún sentido, está sabiendo participar de la propia grandeza del universo. San Juan ha resumido magníficamente toda la filosofía sobre este punto en un hermoso pasaje de su primera epístola: «Amados míos, somos hijos de Dios. No distinguimos aún bien lo que seremos, pero sabemos que cuando aparecerá seremos como él, pues lo veremos tal como es.» Como si dijéramos que al mirar en un enajenamiento de admiración hacia un tipo de excelencia perfecta, se participara en cierta manera de esta perfección. En este caso, lo que ve el hombre en el corazón puro, lo admira, y lo que admira, lo imita. El fin último del hombre es, según los estoicos: *Spec-*